



El día 26 de Mayo de 1813, entre las doce i una del día, arribó al puerto de San Vicente la espedicion enemiga que se dirijia de Chiloé i Valdivia, en cinco buques, de los que dos eran fragatas i tres bergantines. A las cuatro i media de la tarde dió fondo en el surjidero de la boca del rio Lengua; i en el momento se conoció ser espedicion enemiga dirijida de Chiloé, por la construccion de las chalupas i demas embarcaciones menores, que incontinenti echaron al agua, distinguiéndose sobre cubierta mucha jente. Todo lo comuniqué en el acto al Gobernador-Intendente de la ciudad de la Concepcion, (la ciudad dista de aquel punto dos i media leguas i de Talcahuano tres i media), pidiéndole su dictámen de lo que deberia hacer en aquel caso. No tuve contestacion alguna. En el entre tanto, i en cuanto me fué posible, me

puse en defensa con mi corta guarnicion, que se componia de ciento cincuenta hombres. A las ocho de la noche se me avisó por mis centinelas avanzados que el enemigo se hallaba desembarcado en dicha boca del rio Lenga (este rio dista de Talcahuano una i media legua). Monté a caballo i dirijíme a aquella ensenada en compañía de dos Dragones, los cuales fueron sorprendidos i tomados prisioneros por una avanzada que ya tenia en tierra el enemigo; i yo escapé de sus garras por el quite que naturalmente hizo mi caballo, al tomarle por las riendas, i eché a correr en huida. La oscuridad de la noche me libertó que me volteasen con los muchos disparos que me hicieron. Me dirijí a aquella hora, que serian mas de las nueve i media, a los cañones de a 24 de la esplanada de San Vicente, que tenia abocados a tierra, i ántes de llegar allí, encontré en aquellos médanos de arena al secretario del Gobernador-Intendente de la Concepcion, don Santiago Fernández, perdido i solo, i le impuse de todo lo ocurrido i le pedí que se dirijiese inmediatamente a comunicarlo al señor Gobernador, para que caminasen las tropas de refuerzo. Llegado que fuí a dicha esplanada, hice descargar por elevacion los dos cañones, bastante señal para demostrar a la ciudad que habia novedad, como para alarmar la poca jente que habia en las alturas de Talcahuano. Creyendo, finalmente,

ser atacado aquella misma noche, i teniendo ocupados cincuenta hombres en sostener aquellos cañones, tuve a bien enterrarlos i traerme las cureñas, replegando esta tropa para aquellas alturas i apresurando yo solo el paso para llegar a la plaza a dar otras disposiciones.

Dentro de ella encontré tres sujetos, montados con un traje extraño, les doi el ¿quién vive?, i despues de retardarlo, me contestan «el intendente del ejército del Virrei que acaba de desembarcar en la boca del rio Lenga, mandado por su jeneral a hablar con el Gobernador-Intendente de la provincia de la Concepcion». Le contesté que estaba bien i que viniese a mi casa, que era el Gobernador de aquel puerto, a mostrarme sus credenciales, i que en el modo como lo encontraba aparecia ser un espía enemigo. Me reprodujo «que conmigo no tenia nada que hablar, i que como los momentos urjian en la felicidad o desgracia del país, le facilitara un soldado para que lo dirijiese a la ciudad, haciéndome responsable de su demora a las resultas». Viendo el orgullo de su respuesta, le contesté, echando mano a mis pistolas: «marchen Uds. por delante, piratas, si no quieren en este momento ser víctimas». Así lo hicieron.

Llegado a casa, mandé asegurar sus dos compañeros, le exijí sus credenciales, que se resistió a mostrármelas, hasta que le ofrecí cargarlo de pri-

siones. Entónces me las entregó, con tres pliegos mas, cerrados i sellados para las corporaciones de la ciudad, Cabildo Eclesiástico, Secular i Gobernador-Intendente. En el momento hice sacar dos copias certificadas de las credenciales, i a la una de la madrugada del siguiente dia le remití una copia i los tres pliegos al Gobernador-Intendente. El intendente del ejército real quedó bien asegurado. Todo lo comuniqué oficialmente al Intendente de la Concepcion, diciéndole que me instruyera sobre lo que deberia hacer en el caso en que me veia i que la fuerza que podia venir en aquella espedicion de desembarco, en los dichos cinco buques menores, no era mas de 1,200 a 1,500 hombres. Esta noche me vinieron de refuerzo ochenta hombres con cuatro cañones de a cuatro. A las once del dia, recibí tres pliegos cerrados con las respuestas de las corporaciones, para que las entregase al intendente del ejército real, i lo pusiese en libertad con sus compañeros, que lo eran su secretario i un soldado. Ademas me decian que como yo tenia el enemigo a la vista i podia contar con setecientos a ochocientos hombres, entre infantería, caballería i artilleros, que habian ordenado marchasen en mi refuerzo, tratase, si era posible, de sostenerme o replegarme con mi corta guarnicion a aquella ciudad. Viendo, pues, mi situacion tan ventajosa, el entusiasmo de mis tropas que no cesaban de gritar ¡viva la patria!

¡morir o vencer!, nuestra posicion de defensa, el refuerzo que nos venia, i que marchando a un paso regular o nos uníamos o tomábamos al enemigo entre dos fuegos, segun el camino que debia traer, contesté que sin pérdida de momento avanzasen las tropas i se posesionasen de las alturas de la chácara del Manzano, ordenando al conductor del oficio, que fué abierto, se lo mostrase al comandante que mandaba la division en su tránsito. Así me puse en defensa.

A las dos de dicha tarde se movió el ejército enemigo, dirijiéndose sobre Talcahuano; a las tres se aproximó a tiro de cañon de un calibre de 24. Una guerrilla de Dragones de 25 hombres que tenia afuera en espectacion de sus movimientos, incontinenti que lo avistó, le hizo fuego con sus cañones del calibre de a cuatro, que traia de tren volante. Se replegó dicha guerrilla, bajo de los fuegos que rompió el enemigo, hasta tres veces lo puso en retirada en el mayor desórden. Se supo despues que la tropa enemiga gritaba: "Que eso no era lo tratado, que cómo les habian ofrecido que no se les tiraria un tiro". Despues de tres horas de fuego que les sostuve a mil ochocientos hombres que me atacaron, los cuales viendo mi resistencia i que los destrozaba mi artillería, tocando a degüello, avanzaron sus cañones hasta defenderlos con sus propias bayonetas, despues de clavarlos. De las tres

partes de mi guarnicion murieron seis hombres. Los enemigos tomaron la poblacion de aquel puerto y yo escapé, por entre sus bayonetas, mediante los piés de un famoso caballo. A cuantas personas encontraban por las calles, que quedaron algunos godos, pasaron a cuchillo, sin distincion de clases. Forzaron a balazos las cerraduras de las casas en que se habian refugiado mujeres i niños, i los asesinaron.

No saciando su furia con los que encontraron en el pueblo, se dirijieron a los montes, i donde oian llorar muchachos o el menor ruido, estuvieron haciendo fuego, hasta que la oscuridad de la noche i el toque de reunion los hizo replegarse. Solo entónces cesó el degüello.

El ejército de refuerzo, que se alcanzaba a distinguir, como llevo dicho, al mando del traidor comandante de infantería Ramon Jiménez Navia, en las tres horas que sostuve el fuego, se divirtió en mi sacrificio, pues venia de entrega como lo verificó. A ménos de una legua de Talcahuano me encontré con el refuerzo i su comandante, a quien, a presencia de sus oficiales, con aquella ardiente furia que respiraba mi corazon en aquellos momentos, le dije mil insultos, e inflamados mis oficiales juntos conmigo, i aun aquella parte de tropa que nos rodeaba, dijeron: "vamos, muchachos, a morir todos o a reconquistar a Talcahuano". Marchamos precipita-

dos un corto trecho, cuando Jiménez mandó hacer alto; i viniéndose a mí, me dice: «¿Cómo me subleva Ud. la tropa?» Contestéle: «Yo no la sublevo, ella i sus oficiales se vienen conmigo». Hizo presente que la órden que traia del Gobernador-Intendente de la provincia era que, en caso de no llegar a tiempo del ataque i que Talcahuano fuese tomado, se replegase a la ciudad, de lo cual traslucí algun desaliento. Mandó Jiménez en retirada sus tropas, las que obedecieron. Yo me adelanté a la ciudad a poco rato. Serian como las ocho de la noche, cuando se presentó al palacio del Gobernador-Intendente, donde yo me hallaba, el intendente del ejército (el mismo que yo aprehendí), con oficio de intimacion de rendicion a la ciudad en el término de tantas horas. Se dió órden por su Gobernador para que se juntasen las corporaciones; reunidas i leído que fué el citado oficio, se observó un gran silencio, hasta que el dean Roa i el Conde de la Marquina prorrumpieron diciendo: «que lo que se deberia hacer era capitular, i de ninguna suerte ponerse en defensa» a cuya opinion se adhirieron los demas concurrentes.

Concluido dicho razonamiento, me preguntó el Gobernador-Intendente mi dictámen, ya que me habia batido con aquel enemigo, sobre qué fuerza creia fuese la que me atacó, ya que con tan poca jente hice tanta resistencia. Le contesté que me

parecía serian mas de dos mil hombres, los cuales por tres veces se pusieron en retirada i logré disiparlos inmediatamente, por lo que se demostraba ser unos reclutas, que su figura era de indios chilenos. Entónces el Intendente dijo que tenía setecientos hombres con su correspondiente tren volante de artillería, i que con esto i las milicias que podia juntar así de infantería como de caballería se podría hacer una vigorosa defensa.

En la mañana siguiente, hubo sus opiniones, i la mia fué que de ningun modo debíamos aventurar una accion decisiva; que me parecia que sin pérdida de momento se sujetase al intendente del ejército real, se tratase sacar todos los caudales, pertrechos de guerra i cosa precisa de la ciudad, retirando igualmente todos los ganados, que se citasen todos los cuerpos de milicias de la provincia i se diera cuenta a la capital i se replegasen todas las tropas al interior, tomando las mejores posiciones, hasta reunir un ejército respetable para presentar accion. Dichas proposiciones se oyeron con frialdad por aquellas corporaciones. El intendente pidió se le permitiera ir a hablar con el intendente del ejército real i suplicarle que diera plazo hasta la mañana siguiente para acordar la contestacion, a lo que este último accedió.

Por la mañana, juntas las corporaciones i todo el pueblo en el palacio, se me aclamó a mí por je-

neral de las tropas, se pidió la separacion de Jiménez i se espuso que en nadie se tenia mayor confianza que en mí i que, en esta intelijencia, diese mi dictámen, que fué el mismo que el anterior, con el que se avinieron. Se ordenó incontinenti a Jiménez i a mí, replegar las tropas para Puchacai. Se opuso el pueblo a que fuese Jiménez; pero despues cedió. Marché yo por delante; llegado que fuí al campamento, les hice presente a los oficiales i tropas lo determinado por el Gobernador, pueblo i corporaciones, a lo que me contestaron: "Señor, vamos allá; pero no sea cosa que nos entreguen a nosotros como entregaron a Ud. ayer, sacrificando toda su guarnicion". Los disuadí de estas espresiones i me contestaron: "vamos". En seguida me dirijí a hacer presente al cuerpo de Dragones, que se hallaba a la retaguardia; pero ántes de llegar a ellos, me llama Jiménez i me dijo: "Mal estamos, oiga lo que le dice este cabo"; "Señor, me dijo éste, lo que hai es que la tropa dice que no quiere pelear con nadie, sino entregarse a Lima; i no hai otra voz que la de ¡viva el Rei!" Contesté "este hombre está loco o ebrio". Se entonó éste a un mismo tiempo con la compañía de Granaderos, i levantándose el tumulto, un Granadero me tomó por la solapa del uniforme, diciéndome que me retirase i que no obedecian otras órdenes que las de don Ramon Jiménez i del Gobernador don Pedro Benavente; i tirándome hácia un

lado trató de tomarme mi caballo para no dejarme escapar; me dispararon dos tiros que no me acertaron. Entónces huí a la vista de las tropas que se dirijian a tomar la plaza, aclamando al Rei. Receloso de mi ordenanza traté de separarme, i sólo tomé el camino de Penco Viejo, con ánimo de embarcarme en la lancha cañonera (que escapó de la toma de Talcahuano) para dirijirme a Valparaiso. En el camino pensé en la tardanza que por el mal tiempo podia tener el largo viaje, i resolví irme por tierra i ser yo el conductor de esta infausta noticia al Gobernador. En mi tránsito por dicho Penco, ordené al patron de la citada lancha que, despues de hacer víveres en aquella costa, se dirijiese con su tripulacion a Valparaiso, haciéndolo responsable de las resultas, si así no lo verificaba. Al comandante de aquel puerto no le comuniqué nada, por parecerme sospechoso. Despues tomé mi ruta para aquellas montañas, sólo, hasta llegar a media noche a la villa de Coelemu.

Al amanecer del siguiente día, continué caminando hasta llegar a Quirihue; en el camino encontré el rejimiento de dicha villa que, con su coronel don Antonio Merino, se dirijia para Concepcion. Le hice presente lo ocurrido i le recomendé regresase i oficiase a la capital de Santiago, como lo verificó. Aproveché el mismo propio para oficiar yo al Superior Gobierno todo lo sucedido en la Con-

cepcion i Talcahuano. En la misma tarde encontré los rejimientos de Cauquenes que marchaban igualmente para Concepcion, les hice regresar i officiar en los mismos términos que el antecedente, cuyas noticias fueron las primeras que recibió el Superior Gobierno.

En la villa de San Fernando, a los tres i medio dias de camino, encontré al Presidente de la Junta de Gobierno, don José Miguel Carrera, que con una escolta de diez a doce hombres, se dirijia precipitadamente a la ciudad de Talca, a donde formó su cuartel jeneral, a quien informé detalladamente de todo lo ocurrido. Desde aquel punto empezó a dictar mui felices i acertadas providencias. El dinero que venia de Concepcion se salvó, i con ardi-des se tomó prisionera una partida de treinta Dragones bien armados. La suerte a porfia i el gran Dios favorecian nuestra débil fuerza, tanto que infundió temor al enemigo con los progresos de la primera accion de Yervas-Buenas, i en seguida el ataque de San Carlos, que los obligó a encerrarse en Chillan. Nosotros reconquistamos la ciudad de Concepcion i su puerto, le tomamos prisionera la fragata *Thomas*, que venia de Lima con un refuerzo de treinta oficiales, desde brigadier inclusive, cincuenta mil pesos i otros pertrechos de guerra.

El Superior Gobierno que nos rejia creyó concluida la guerra con estas operaciones, i desde

aquellos momentos trató de separar a los señores Carreras, llegando al extremo de no franquear ningún auxilio al ejército, ántes sí proteger la desercion de los oficiales i tropa. I por último, los mandó entregar al enemigo, despues de haber ellos entregado el mando.

RAFAEL DE LA SOTA